

Cuba: Huracán Paloma, vuelo destructivo sobre el litoral

Raquel Sierra

Santa Cruz del Sur, noviembre (Especial de SEMlac)- "Un día le diré a mi nieta Marianne: `tú tuviste muchas fotos, pero esta es la única que dejó Paloma, y le explicaré qué cosa es un huracán", dice María Elena Díaz, mientras muestra una imagen, con manchas de humedad y tierra, de una niña con su mamá y su papá.

María Elena, de 51 años, perdió su casa en la barriada de La Playa, en Santa Cruz del Sur, por los vientos y la furia del mar que trajo a ese poblado, 82 kilómetros al sur de la ciudad de Camagüey, en el oriente cubano, el huracán Paloma, que entró con categoría cuatro de cinco, en la escala Zafiro-Simpson, el pasado 8 de noviembre, para luego desvanecerse tierra adentro.

El pueblo de Santa Cruz, sobre todo la zona más próxima a la costa, es hoy irreconocible. Donde hubo un centro recreativo con cabañas, no quedó ni el muro. La casa de la Capitanía del Puerto de este pueblo de pescadores, de paredes de ladrillo y un techo de unos 15 centímetros, está en el suelo. Así, una larga franja donde hubo viviendas de disímiles materiales, ya no existe.

Lo que fue la casa de la familia Fonseca-Díaz por más de 20 años --cuando llegaron desde Manzanillo, más al este de la isla-- es hoy solo un amasijo de ladrillos. Unos vecinos les rescataron uno de los sillones, encontrado en lo alto de un árbol. Probablemente otras pertenencias nunca regresarán.

"La casa era de bloques y ladrillos, aunque no estaba terminada, creíamos que resistiría", explica María, quien estaba fuera del poblado, cuidando a su hija recién operada.

"Un conocido me dijo `me parece que vi tu casa en el televisor, el mar la tumbó'. Pensé que se había equivocado. Cuando regresé a Santa Cruz y vi lo que había pasado, me temblaron las piernas, no podía creerlo, mi casa, en el piso", recuerda.

De las 450 viviendas construidas en el litoral, en La Playa, quedaron totalmente destruidas más de 350, según informaciones oficiales.

A escasos días del huracán, María Elena cuenta: "todavía estamos buscando debajo de los escombros. Hemos encontrado algunas cazuelas, ropa y el juego de muebles de la sala, recién comprado, pero no ha aparecido en el lodo ninguno de los colchones. Por suerte, mis dos nietos fueron evacuados y estuvieron todo el tiempo a salvo", agrega.

Su esposo, Fernando Fonseca, de 51 años, trabajador de Cultisur, una empresa dedicada al cultivo del camarón, dice que por ahora duermen en casa de unos vecinos, "en el piso porque se le mojaron todos los colchones, el hijo, duerme a la intemperie, mientras arreglan algo temporal para vivir".

La pérdida es grande, pero María Elena encuentra consuelo. "Yo vi cómo mi nieta, que tiene una parálisis cerebral infantil, logró caminar y comenzar a pronunciar palabras después de cuatro años de ejercicios de rehabilitación. Esto será más fácil, levantar la casa lo haremos con nuestras propias manos", dice.

Luego de permanecer evacuados por cuatro días, los residentes regresaron a sus casas; algunos, a las ruinas que quedaron de ellas. En las que permanecen en pie, las personas se dedican a sacar el lodo a golpe de escoba y resignación, sabiendo que no pocos vecinos lo perdieron todo. Los colchones que pudieron ser salvados, se secan al sol, junto con muebles y equipos electrodomésticos.

Cada pérdida personal es muy sentida. "Cómo se mojaron los libros", se lamenta Madelaine Hernández, de 47 años, profesora de español y literatura. "Los pusimos en cajas, un poco en alto, mas no resultó. La casa sigue en pie, pero todo lo que había en ella se mojó", explica, mientras su esposo se empeña en lavar por dentro la lavadora, con la esperanza de hacerla funcionar nuevamente.

Trasladar la playa

Ana Blanco nació a unos 10 metros del mar, hace 54 años. Allí vivió toda su vida y vio nacer y crecer a sus hijos. Ama el lugar donde hasta hace unos días estuvo su hogar --que hoy resurge a golpe de martillo y tablas--, pero aprueba la idea de trasladar el barrio tierra adentro.

"Me encanta esto aquí y, por suerte, no murió nadie, pero es muy doloroso perder lo que uno ha conseguido con tanto esfuerzo. Si hacen el barrio en otro sitio, me voy, solo así se acabará esta desgracia", afirma.

En experiencias de desastres naturales anteriores en otros puntos de la geografía cubana, cercanos a la costa, fundamentalmente en poblados de pescadores, los pobladores han sido reacios a la reubicación. En Santa Cruz, sin embargo, la mayoría favorece la propuesta.

Jorge Alexei Torres vive --o vivía--, con su esposa y niño, justo frente al litoral, en una aparentemente sólida construcción de mampostería. Hoy, nada queda.

"Me gustaba la playa", dice. "Ya no". Según su madre, Mercedes Frías, de 45 años, "llegó y se sentó, ni él mismo reconocía dónde había estado su vivienda".

"Yo espero que con esto que pasó, la gente se convenza de que hay que irse de aquí, si no, esto puede suceder de nuevo. Por suerte, sacaron a todo el mundo, de lo contrario, cuántos no se habrían ahogado", comenta Ibrahim Rojo, ex deportista, algunos de cuyos trofeos y medallas se los llevó el mar y fueron rescatados por los vecinos.

La idea de reconstruir las viviendas destruidas totalmente en una zona distante al mar toma forma.

En recorrido por Camagüey, el 10 de noviembre, el presidente cubano Raúl Castro anunció que las casas no se levantarán de nuevo en el litoral, sino en sitios seguros, que ofrezcan protección a sus habitantes, una experiencia que consideró válida para otras zonas del país.

El mandatario, que asumió el poder en febrero pasado tras la renuncia de Fidel Castro, dijo que se estudian varios proyectos de viviendas resistentes a los huracanes, que desde finales de agosto han ocasionado daños estimados por las autoridades en más de 9.000 millones de dólares.

La historia se repite

No es la primera vez que la furia de los vientos se ensaña con Santa Cruz del Sur. El 9 de noviembre de 1932, un ras de mar arrasó con el poblado. Murieron más de 3.000 personas porque el tren solicitado para la evacuación nunca llegó.

A diferencia de entonces, esta vez unas 6.000 personas fueron evacuadas por ómnibus y tren hacia un centro de evacuación, organizado en la Universidad de Camagüey.

Ante la proximidad de Paloma, en toda la provincia fueron trasladadas hacia lugares seguros unas 250.000 personas, de ellas 57.000 en albergues, y el resto, en casas de familiares y amigos.

Ramón del Campo vive en Santa Cruz desde 1957. No vivió la catástrofe de 1932, pero oyó relatos sobrecogedores.

"Dicen que los cadáveres aparecían como pegados a los árboles y los escombros. Si no hubieran evacuado, creo que esta vez hubiera sido mucho peor", comenta, mientras trata de limpiar el patio trasero de su vivienda, que sobrevivió pese a que el agua entró más de un metro, lo que evidencia la marca de humedad en la pared.

Todas las ayudas posibles

Los trabajadores del sector eléctrico de varias provincias del país se empeñan en devolverle el servicio lo más pronto posible a las zonas más perjudicadas. Algunos, procedentes de la occidental Matanzas, llevan dos meses en

Camagüey, como parte de la recuperación de los daños del huracán Ike, a inicios de septiembre pasado. A solo tres días del desastre, que arrasó con postes y cables, el 60 por ciento de los abonados disponía del servicio.

Desde el cercano combinado pesquero, llegan por esos días raciones de alimentos que se distribuyen gratuitamente entre los damnificados. Además, a precios módicos, se venden almuerzos y comidas, una ayuda muy valiosa cuando no se tiene dónde ni qué cocinar porque Paloma lo destruyó.

Mientras, un grupo de 20 especialistas --psiquiatras, psicólogos, terapeutas ocupacionales y enfermeras, entre otros--, procedentes de la ciudad de Camaguey, recorren las viviendas para brindar atención psicológica.

La psiquiatra Daysi Roque señala que lo primero es realizar una intervención rápida y determinar lo más vulnerable: "si hay personas siquiátricas descompensadas por el estrés y la angustia que producen los desastres, y ver si los casos de hipertensión, diabetes y epilepsia tienen los medicamentos de primera línea".

De acuerdo con Roque, según lo apreciado hasta el momento, las mujeres se acercan a conversar con los médicos, mientras que los hombres permanecen en la retaguardia, como queriendo hacer ver que el desastre no los afecta emocionalmente.

Más adelante, añade la terapeuta ocupacional Iliana Alonso, se creará una estrategia de intervención que permita dar un seguimiento a más largo plazo, con un equipo que permanecerá en el lugar por un tiempo.

La atención psicológica corre también a cargo de los integrantes de la Cruz Roja Cubana en el territorio, apostados en Santa Cruz incluso desde antes del huracán.

De acuerdo con Yoandro Ávalo, jefe del frente de atención psicológica, técnico en Cruz Roja, "hay distintas maneras de ayudar a manejar el sufrimiento que pueden tener las personas: orientar, conversar, escuchar y, sobre todo, hacerles saber que vamos a estar todo el tiempo a su lado".

También acudieron representantes de la iglesia católica en Camagüey. Ariel García, del Arzobispado de la provincia, nacido en Santa Cruz del Sur, declaró a SEMlac que visitan a las personas damnificadas, no solo a quienes acuden regularmente a la iglesia y reparten alimentos y ropa, recogidos entre la comunidad religiosa.

(fin/semlac/08/rs/mrc-sm-zp/1.584 palabras/7.773 caracteres)